

APOLONIO DE TYANA

Pocos hombres hay tan célebres en la antigüedad como Apolonio de Tyana; célebre por la extraordinaria vida y prodigios que se le atribuyen y por lo mucho que acerca de él se ha escrito. A pesar de todo, no tomaríamos la pluma para refrescar su memoria, si los teósofos de nuestros días no le resucitaran del olvido, removiendo sus cenizas para proponerle como modelo de hombre excepcional, por su vida, viajes y milagros, como que en su conducta y poderes poco le falta para igualar a Jesucristo, y en su itinerario o excusiones *apostólicas* deja atrás al mismo San Pablo; de todo lo cual, resulta un relato muy ameno e interesante. Veremos en este artículo quién es el Apolonio que nos presentan sus adeptos, con todas sus virtudes, excelencias y maravillas; en otro artículo trataremos de examinar el valor de todas esas afirmaciones, y qué hay de verdad en la historia, fábula o novela de Apolonio. Nos fijaremos principalmente en cuatro puntos: su vida, su personalidad histórica, sus viajes y sus prodigios.

Era al fin de la primera centuria, cuando la religión del paganismo, herida ya de muerte, entraba en un período de visible decadencia, y conociendo la impotencia de sus dioses, esperaba la aparición de un genio divino que la regenerara. Y así, donde quiera que sonaba el nombre de un hombre más o menos extraordinario, procuraba rodearle y nimbarle con aureolas sobrehumanas, para atribuirle la corona de la redención. Buscaba Roma su Mesías y creía encontrarle un día en Simón, el célebre mago; otro día en Mario, el intrépido soldado, y otro, en fin, en el emperador Vespertino.

Menandro, prevaleciéndose de su talento, se exhibe como una emanación suprema descendida del cielo para salvar al mundo de la tiranía de los genios malos; Apolonio de Tyana, en su *Apología de Domiciano*, afirma la necesidad de la venida de un libertador divino y humano: «En medio del actual desorden del mundo, dice, obsérvase cierta armonía, que los sabios deban conservar, y por lo cual ¡oh rey! tú convendrás en que es necesario un hombre semejante a Dios. Sí, en medio de esas almas arrastradas por sus propias pasiones, es preciso que venga un hombre, un Dios, del seno de la sabiduría suprema para establecer la armonía de las almas.» Ese hombre fué el mismo Apolonio.

Y para comprobar su superioridad y señalarle como a redentor del mundo, se esforzaron sus panegiristas en aplicarle atributos sobrehumanos, casi divinos, proponiéndole como modelo de castidad. Se ponderaba la constancia de su predicación, la curación de los enfermos por la virtud de su palabra, la liberación de los demonios, la resurrección de una joven, la reunión de algunos discípulos llenos de celo, la severidad de sus costumbres, sus actos de abnegación, de sacrificio, y hasta sus persecuciones; en una palabra, aplicábanse a Apolonio la vida y prodigios de Jesucristo. El nombre de Apolonio de Tyana ha sido un tópico utilizado por los antiguos filósofos en pro de la idolatría; por los incrédulos, deístas y enciclopedistas para atacar al cristianismo o desvirtuar su valor y grandeza, y por los modernos teósofos en defensa de sus ideas y de sus pretendidos milagros.

I

Apolonio nació en Tyana de Capadocia, de padres nobles y ricos, en los primeros años de la era cristiana, y fué célebre filósofo pitagórico y renombrado taumaturgo, al decir de sus admiradores, muchos de los cuales le elevaron casi hasta la divinidad. Su cabellera larga y descuidada, su luenga y blanca barba, su palium de tela, su calzado de papiro, dábanle aire de hombre extraordinario. Mr. Franck, en una obra reputada por excelente, dice, refiriéndose a Apolonio de Tyana: «Es el último profeta, o más bien, el último ídolo del paganismo moribundo, que trató inútilmente, por sus nobles reformas, de sustraerle a una muerte inevitable; fué un precursor de la escuela de Alejandria» (1).

Abrazó muy joven las doctrinas de Pitágoras. Se instruyó en todas las ciencias y en todas las artes de Grecia, y llegó su desinterés aparente hasta el extremo de despojarse de casi todos sus bienes, haciendo al mismo tiempo profesión de continencia. Estudió en las célebres escuelas de Grecia, y especialmente en Tarso; hizo largos y penosos viajes para oír a los magos de Persia, a los brahmanes de la India, y a los gymnosofistas de la Etiopía y al sur de España. Su juicio, naturalmente recto y penetrante, le hizo observar que el lenguaje enfático y algarabía misteriosa de los filósofos y sofistas, lejos de granjearles estimación y crédito, sólo servía, por lo común, para hacerlos despreciables y ridiculos, razón por la que él se explicaba con claridad y sencillez, en tono decisivo y de autoridad.

(1) A. FRANCK: *Dictionnaire des sciences philosophiques*, I, pág. 162.— París, 1844.

Para los pitagóricos antiguos, como para los teósofos modernos, hay una sabiduría inmemorial, que el mismo filósofo de Samos aprendió de los indios. Esta sabiduría—dice Apolonio—me habló en mi juventud y me dijo: «Joven, yo no tengo atractivos, y amo la austeridad. Cuando un hombre abraza mis doctrinas, se resigna a apartar de su mesa todo lo que ha tenido vida; renuncia al vino, y no se expone jamás a estropear el puro licor de la sabiduría, que es el que se otorga a los que se abstienen del vino; procura no llevar vestidos que estén hechos de lana o del pelo de los animales; su calzado está hecho de cortezas de árbol y duerme donde puede. Y si es sensible a los deleites, tengo cimas donde la justicia, ministro de la sabiduría, le empuja y le precipita. En fin, juzga de mi dureza con los que aceptan mis preceptos: les encadeno hasta la lengua. Sin embargo, si quieres soportar una vida semejante, querrás saber lo que vas ganando en ella. Ganarás el ser atemperado y justo, el no hallar a nadie digno de envidia, el ser estimado en algo por los tiranos, en vez de ser esclavizado y el ser evidentemente más agradable a los dioses, ofreciéndoles mórdicos sacrificios, mucho más que los que vierten en su honor torrentes de sangre de los toros. Si eres puro te daré la ciencia del porvenir, esclareceré tus ojos hasta el punto de que puedas reconocer un dios, distinguir los héroes y disipar los fantasmas nebulosos que toman la forma humana» (1).

Eran sus maneras dulces y modestas, pero nobles (2), y en esto, dice Damis, se parecía más a un indio que a un griego (3). Su humor era con frecuencia melancólico (4), y cuando no hablaba se sumergía en un pensamiento profundo, durante el cual sus ojos se fijaban fascinados sobre el suelo. Aunque era muy inflexible y rígido para consigo, estaba pronto a excusar a los demás. Su dulzura y bondad las mostró de una manera positiva con actos de caridad (5). A pesar del extremado ascetismo de su vida, fué un hombre de gran fuerza física, manteniéndose sano y fuerte hasta la avanzada edad de ochenta años. Presentaba cierto indefinido encanto que le hacía aún más agradable que cuando fué joven y lozano, a pesar de las arrugas que surcaban su rostro, según lo representan en tiempo de Filostrato las esculturas del templo de Tyana. Su retórico biógrafo, cantando

(1) FILOSTR.: *Vita Apollonii Tyanensis*, VII, 5.

(2) I, 36; II, 22; IV, 31.

(3) III, 36.

(4) I, 34.

(5) VI, 59.

grandes alabanzas a los encantos de Apolonio en sus últimos años, dice que fué tan bello como Alcibíades en su juventud (1).

«Jamás quiso vestirse con estofas que procedieran de animales; se abstuvo de las viandas y de todo sacrificio que costara la vida a otro ser; no quería que se ensangrentaran los altares, y si únicamente que con pasteles de miel, con incienso y con cantos honrase el hombre a los dioses, pues tales ofrendas les eran más agradables que las hecatombes ensangrentadas, hechas con el cuchillo.

Visitáronle los dioses, y ellos le enseñaron lo que les era entre los hombres agradable u odioso; y de ahí lo bien que dirigía su naturaleza. Por lo demás, decía, los hombres conjeturan y tienen opiniones contradictorias entre sí sobre los dioses; pero el mismo Apolo, que se le presentó a él sin disfraz, lo mismo que Athenea y las Musas y otros dioses, no conocen los nombres ni las formas» (2).

Rehusó siempre tomar parte en la caza a que fué invitado por su real huésped de Babilonia. «Señor, le dijo: ¿os habéis olvidado de que no asisto nunca a vuestros sacrificios? Pues mucho menos me agrada ver matar a los animales, y menos que se les maltrate y esclavice contra su naturaleza» (3). Pero nunca quiso imponer su modo de vivir a los demás, ni siquiera a sus amigos personales y compañeros, a no ser que ellos lo adoptasen por su propia voluntad. Así, dice Damis, que él no les prohibió comer carne ni beber vino; únicamente para sí exigía la abstención (4). Es más: aconsejó al rajá Fraortes, su primer huésped en la India, que deseaba adoptar su estrecha regla, que no lo hiciera, porque le apartaría demasiado de sus asuntos (5).

Oraba y meditaba tres veces al día: al amanecer, al medio día y a la puesta del sol. Adoraba al sol, a quien llamaba «el Señor de nuestro mundo y de la pluralidad de otros mundos invisibles». Sus explicaciones y discursos eran sencillos, sin las elegancias del retórico ni la elocuencia del orador. No tenía arte en sus sentencias, ni efectismos ni afectación. Hablaba como «desde el trípode», diciendo muchas veces: «Sé», «pienso», «hareis», «sabréis».

Cuando tuvo que defenderse, no quiso preparar su defensa. Siguió

(1) VIII, 29.

(2) I, 2.

(3) I, 38.

(4) II, 7.

(5) II, 37.

viviendo como de costumbre, dispuesto a morir (1). Sin embargo, decidió desafiar a la muerte por la causa de la filosofía, y tanto, que a las repetidas instancias de su antiguo amigo para que preparara su defensa, le replicó: «Damis, parece que pierdes el sentido frente a la muerte, y, sin embargo, hace mucho tiempo que estás conmigo, que he amado la filosofía desde mi juventud. Te creía, como yo, preparado para ella, conociéndola perfectamente. Cuando un general está en campaña necesita, no sólo el valor, sino también la ciencia para que le indique los momentos más favorables para morir. Es menester que los escoja, no por azar ni deseo de morir, sino por selección y reflexión. Yo obro sabiamente y con oportunidad para la gloria de la filosofía, ofreciéndome hoy a la muerte si hay un hombre para matarme. Lo que he probado a los demás ante ti, no dejaré de enseñártelo a ti solo» (2).

No hizo vida de eremita, ni estuvo retirado, ni únicamente consagrado a la filosofía de la naturaleza, sino que pasó su vida entre los hombres y tuvo muchos compañeros y discípulos llamados «apolonianos» (3), que no se sabe si constituyeron una escuela distinta, o si se agruparon en comunidades bajo el modelo pitagórico, o si fueron sencillamente estudiantes independientes, atraídos por la imponente personalidad de aquél en el terreno de la filosofía. Eso sí, dicen que muchos de ellos usaban el mismo traje y seguían la misma norma de vida (4), y repetidamente se dice que acompañaron en sus viajes a Apolonio (5).

Los más ilustres de sus discípulos fueron: Musonio, que fué considerado como el más grande filósofo de su tiempo, después de Apolonio, y que fué víctima de la tiranía de Nerón (6), y Demetrio, que fué amado de Apolonio (7). Otros menos conocidos fueron el egipcio Dioscórides, a quien hubo de dejar enfermo en un largo viaje por Etiopía (8); Menipo, a quien libró de una obsesión (9); Nilo, gimnosofista (10), y sobre todo Damis, quien le acompañó desde que le encontró en Nínive.

(1) VIII, 50.

(2) VII, 51.

(3) VIII, 21.

(4) IV, 59.

(5) IV, 47; V, 21; VIII, 19-24.

(6) IV, 44.

(7) IV, 25.

(8) V, 45.

(9) V, 45.

(10) VI, 10.

II

Para que tan grandes elogios no resulten fantásticos o novelescos, lo primero que hacen los secuaces o discípulos de Apolonio es asentar la realidad histórica de su maestro. Reproduciremos sus principales testimonios.

Y ante todo, prueban la personalidad de Apolonio por las referencias de los clásicos antiguos y de los autores patrísticos. Luciano, escritor de la primera mitad del siglo segundo, toma como asunto de una de sus sátiras al pupilo de un discípulo de Apolonio (1). Apuleyo, contemporáneo de Luciano, cuenta a Apolonio con Moisés y Zoroastro, entre los más famosos magos de la antigüedad (2). Dion Casio, que escribió en 211-222 de nuestra era, afirma que Caracalla (211-216) honró la memoria de Apolonio con una capilla o monumento (*heroum*) (3).

En una obra intitulada *Quaestiones et responsiones ad Orthodoxos*, *quaestio XXIV*, atribuida a Justino, mártir, que floreció en el siglo segundo, se pregunta: «Si Dios es el hacedor y autor de la creación, ¿cómo los objetos consagrados—*Τελεσματα*—de Apolonio tienen poder en los [varios] órdenes de la creación? Pues vemos que detienen el furor de las olas, el poder de los vientos, la invasión de las sabandijas y los ataques de las fieras» (4).

Eusebio admite que Apolonio fué un hombre sabio y virtuoso; pero niega, en cambio, que haya pruebas suficientes para atribuirle los hechos milagrosos que se cuentan de él, y cree que en ellos, si los hubo, no tomó parte Dios, sino el demonio (5).

Lampridio, que floreció hacia la mitad del siglo tercero, dice que Alejandro Severo (222-235) colocó la estatua de Apolonio en su «lavarium» juntamente con las de Cristo, Abraham y Orfeo (6).

Vopisco (7), que escribió a fines del tercer siglo, afirma que Aureliano

(1) *Alexander, sive Pseudomantis*, VI.

(2) *De magia*, XC (edit. Hildebrand, 1842, II, 614).

(3) *Historias*, lib. LXXVII, 18.

(4) *Justino, mártir*: Opera, Jena, 1849, III, 32.

(5) *Eusebii Pamphili contra Hieroclem*. Osford, 1842. Discours d'Eusèbe évêque de Cesarée touchant les miracles attribués par les payens à Apolonius de Tyane, 1854.

(6) *Vida de Alejandro Severo*, XXIX.

(7) *Vida de Aureliano*, XXIV.

(270-275) consagró un templo a Apolonio, quien se le apareció en sueños cuando sitió a Tyana. El mismo autor habla de Apolonio como de «un sabio del más inmenso renombre y autoridad, un antiguo filósofo y un verdadero amigo de los dioses». Y además prometió, si vivía, escribir un resumen de su vida, en latín, para que sus hechos y aun sus obras estuviesen en la lengua de las gentes, pues todavía los únicos relatos estaban en griego: *Quae qui velit nosse, graecos legat libros qui de ejus vita conscripti sunt.* Vopisco no llegó a cumplir su promesa; pero por esta época Sotérico y Nicómaco escribieron sendas vidas acerca de Apolonio (1).

Porfirio y Jámblico, a fines del siglo III y principios del IV, en sus tratados sobre Pitágoras y su escuela, mencionan a Apolonio como una de sus autoridades (2), Hierocles, sucesivamente gobernador de Palmira, Bitinia y Alejandría, y filósofo al mismo tiempo, hacia el año 305 escribió una crítica sobre las pretensiones de los cristianos en dos libros titulados: «La verdad sobre los cristianos», o más brevemente, «El amigo de la verdad» *Philalethes*, y utiliza en su tratado la vida de Apolonio por Filostrato (3).

Arnobio, a fines del siglo III, le coloca entre los magos (4). San Juan Crisóstomo, a fines del siglo IV, admite su existencia, aunque le llama impostor (5). San Jerónimo reconoce también su personalidad (6), y lo mismo Isidoro de Pelusia, que murió en 450 (7).

Sidonio Apolinar, obispo de Claremont, tradujo al latín la vida de Apolonio, y escribiendo a León, el consejero del rey Eurico, dice: «Leed la vida de un hombre que (religión aparte) se os parece en muchas cosas; un hombre solicitado por los ricos, pero no por las riquezas; que amaba la sabiduría y despreciaba el oro; un hombre frugal en medio de los festines, que se vestía de lino entre los que se adornaban de púrpura, austero en medio de la sensualidad... En fin, sinceramente hablando, acaso ningún

(1) *Lengran d'Aussy*, Vida de Apolonio, 1807, p. XLVII.

(2) *Porfirio*, De Vita Pythagorae, Leipzig, 1816, sec. II.—*Jámblico*, De Vita Pythagorica, 1813, c. XXV.

(3) *Duchesne*, acerca del descubrimiento de las obras de Macario Magnes, París, 1877.

(4) *Adversus Nationes*, I, 52.

(5) *Adversus Judaeos*, V, 3.

(6) *Epistola ad Paulin.*, XLIII.

(7) *Epp.* pág. 138.

historiador hallará en los tiempos pasados un hombre filósofo cuya vida se iguala a la de Apolonio» (1).

Para Ammiano Marcelino, amigo de Juliano el emperador-filósofo, Apolonio fué uno de los filósofos más célebres (2). Eunapio, preceptor de Juliano, escribiendo en los últimos años del siglo cuarto, decía que Apolonio fué más que un filósofo: fué «un término medio, algo así como entre los dioses y el hombre» (3).

A fines del siglo quinto, Volusiano, procónsul de Africa, veneraba a Apolonio de Tyana como a un ser sobrenatural (4).

Casiodoro habla de Apolonio como del «célebre filósofo»—*insignis philosophus*—(5). Entre los escritores bizantinos, para el monje Jorge Syncelos, en el siglo VIII, fué el primero y más célebre de todos los hombres que aparecieron bajo el imperio (6). Tzetzes, crítico y gramático, llama a Apolonio «sabio y omnisciente» (7). Cedreno, en el mismo siglo, le tiene por «filósofo adepto al pitagorismo» (8). Y para no multiplicar más las citas, en el siglo diez y ocho, Herzog se esfuerza en dar un esbozo de la filosofía y vida religiosa de Apolonio (9). Y en fin, los teósofos de nuestros días afirman que la vida de Apolonio ofrece «tantas o más garantías de ser creída que el primer evangelio aceptado por la Iglesia».

III

Tal vez no hubiera parte alguna en el imperio romano, tan vasto a la sazón, que él no visitara. Su biógrafo nos le presenta en el Egeo, en Panfilia, en Cilicia, Antioquía, Nínive, Babilonia, en la colina Erítreia, en Jonia, Efeso, Troya, en Lesbos y Atenas, en Tesalia y Delfos, en Corinto y Lacedemonia... Damis, su discípulo y amigo inseparable, le hace viajar hasta las tierras de los Brahmanes y los gimnosofistas de Etiopía por una parte, y por otra hasta las columnas de Hércules.

Su misión era reformar el culto, enseñando a los sacerdotes cómo debían sacrificar, y qué oraciones dirigir a los dioses. Enviábanle diputados

(1) *Sidonio Apolinari*, Epp. VIII, 3.

(2) «Amplissimus ille philosophus», XXIII, 7.

(3) *Vitae philos.*, 1922, Proem. VI, p. 3.

(4) *Reville: Apollonius of Tyane*, 1766, pág. 56.

(5) Véase su *Crónica*, 519.

(6) *Chronographia, Legran d'Aussy*, op. cit., m. p. 613.

(7) *Chiliades*, II, 60.

(8) *Cedrenus, Compendium Historiarum*, I, 546.

(9) *Christ. Herzog, Philos. pract. Apollon. Tyan.*

de todas partes pidiéndole su amistad y sus consejos acerca del culto y de las costumbres. Recibíanle con los más extraordinarios honores, y los arúspices y oráculos más venerados le tributaban elogios.

Apolonio salió de Antioquía y se dirigió a Nínive, y allí se encontró con Damis, que fué en adelante su constante compañero y leal discípulo. «Marcharemos juntos», dijo Damis con palabras que recuerdan las palabras de Ruth; Dios os guiará y vos a mí» (1). A partir de este punto, Filostrato declara basarse en gran parte sobre el relato de Damis.

Entre las comarcas y lugares que visitó, los siguientes son los principales que recuerda Filostrato: De Ninive, Apolonio se dirigió a Babilonia, donde estuvo un año y ocho meses, y visitó las ciudades del contorno, tales como Ecbatana, la capital de la Media (2); de Babilonia a las fronteras de la India no se menciona ninguna ciudad. Parece que entró en la India por el paso de Khaibar, pues la primera ciudad mencionada es Taxila (Attock), y así atravesaron los tributarios del Indo, el Valle del Ganges y, finalmente, llegaron al «monasterio de los hombres sabios» en Nepal, en las montañas, siendo Paraca la ciudad más cercana: en él se quedó cuatro meses (3).

Filostrato engalana el relato del viaje de la India a las riberas del Eúfrates con las fábulas de los viajeros y de los nombres de las islas y ciudades (4), y después habla del regreso a Babilonia y otros pueblos con el siguiente itinerario: Babilonia, Nínive, Antioquía, Seleucia, Chipre; de aquí fué a Jonia y luego se detiene algún tiempo en el Asia Menor, especialmente en Efeso. Apolonio llegó a Efeso a principios del reinado de Nerón, que había sucedido a Claudio el año 54 de Jesucristo; allí declaró con frecuencia contra el lujo y la deshonestidad. Hablaba con más ardor a los efesios, que eran perezosos e indolentes y apasionados por la música y por la danza y todo género de diversiones, para que dejasesen aquella vida afeminada y se entregasen de veras a la filosofía y a la virtud.

De allí pasó a Esmirna, Pérgamo y Troya. Luego se dirigió a Lesbos y se embarcó para Atenas, permaneciendo algunos años en Grecia, visitando los templos de la Hélada, reformando sus ritos e instruyendo a sus sacerdotes. Mas tarde le hallamos en Creta, y luego en Roma en la época de Nerón (5).

(1) Filostr., I., 19.

(2) I, 39.

(3) II, 1-43.

(4) III, 52-58.

(5) IV, 3-46.

El año 66 de nuestra era, Nerón dió un decreto prohibiendo a los filósofos su estancia en Roma, y Apolonio salió para España y desembarcó en Gades [Cádiz]. En España parece que estuvo muy poco tiempo (1). Pasó luego al Africa y después a Sicilia, cuyas principales ciudades visitó, así como sus templos. De ahí Apolonio regresó a Grecia (2), habiendo transcurrido cuatro años desde su salida de Atenas para Lesbos. En el Pireo se dió a la vela para Chios, yendo a Rodas y luego a Alejandría. En esta capital permaneció algún tiempo, y tuvo algunos coloquios con el futuro emperador Vespasiano (3). De aquí salió luego para un largo viaje por el Nilo, hacia Etiopía y las cataratas, visitando una interesante comunidad de ascetas, llamada de los «gimnosofistas». A su regreso a Alejandría fué llamado por Tito, que había sido elegido emperador. Y después de esta entrevista, Filostrato habla de su permanencia por algún tiempo en el Bajo Egipto, y de sus visitas a los fenicios, cilicios, jonios, aqueos, y a Italia (4).

El año 81 es proclamado emperador Domiciano, y como se había opuesto Apolonio a las locuras de Nerón, criticó los actos del nuevo Emperador, llegando por ello a ser sospechoso a Domiciano; pero en vez de separarse del camino de Roma, Apolonio determinó presentarse frente al tirano. Pasa de Egipto a Grecia, y embarcándose en Corinto, va a Sicilia y a Puzal, y de ahí por el Tiber entra en Roma, donde fué juzgado y absuelto (5). Volvió a embarcar en Puzal y regresó a Grecia, y allí estuvo dos años. Después atraviesa una vez más la Jonia, cuando muere Domiciano, y visita Esmirna y Efeso y algunos otros lugares predilectos tuyos. Envía a Damis con un pretexto a Roma, y él desaparece repentinamente de la escena, sin que se sepa a dónde se fué, sin duda al cielo o «al lugar de los hombres sabios».

Domiciano fué asesinado en el año 96 de J.C., y uno de los últimos recuerdos de Apolonio es la predicción de este acontecimiento. Por consiguiente, la comparecencia de Apolonio en Roma debió de ser hacia el año 93, y nos hallamos con un intervalo de doce años desde el año 81, que Filostrato pretendió llenar con algunas generalidades.

(1) IV, 47.

(2) V, 18.

(3) V, 24.

(4) V, 1-35.

(5) VII, 10-17.

Fijémonos especialmente en la visita de Apolonio a los «gimnosofistas» en Etiopía. ¿Quiénes fueron esos misteriosos «gimnosofistas»? Damis los llama sencillamente los «desnudos» (*gimnoi*); pero no debe entenderse por mera desnudez física. Ni a los indios ni a los ascetas del Alto Egipto se les puede aplicar con propiedad ese término, en su pura acepción física, según se desprende de las descripciones de Damis y Filostrato. Una sentencia que casualmente deja caer de sus labios uno de esos ascetas refiriendo la historia de su vida, viene a darnos el verdadero significado del término: «A los catorce años—dice Apolonio— abandoné mi patrimonio a quienes deseaban tales cosas, y desnudo entré entre los desnudos» (1).

Filón observa que la nota más piadosa era su particular comunidad, al Sur de las orillas del lago Moeris, que fué firmemente semita y ortodoxa judía; y para Filón una comunidad con ambiente judaico debió, naturalmente, de ser la mejor. La peculiaridad y el gran interés de esta comunidad, que se hallaba, allá lejos, cerca de las cataratas, está en que había tenido alguna conexión remota con la India.

La comunidad se llamaba «phrontisterion», en el sentido de ser un lugar para la meditación, palabra usada por los escritores eclesiásticos para indicar un monasterio. Aristófanes, en «Las Nubes», llama a la escuela de Sócrates «phrontisterion», «almacén de ideas». La colección de monasterios (*hiera*), cuevas, sagrarios o celdas, estuvo situada en una colina no lejos del nacimiento del Nilo. Estaban separadas unas de otras e ingeniosamente diseminadas alrededor de la montaña. Apenas si existía algún árbol, y sólo se veía un grupo de palmeras bajo cuya sombra solían congregarse (2).

Es difícil escoger de los varios discursos puestos en boca del principal de la comunidad y de Apolonio, pormenores precisos acerca del método de vida de esos ascetas, que no sean indicaciones generales de una existencia llena de trabajos y fatigas, que consideraban como el único medio de adquirir la sabiduría. Cuál fuera la naturaleza de su culto, si tuviera alguno, es cosa que no se dice, salvo que al medio día se retiraban a su monasterio (3).

Toda la tendencia de los argumentos de Apolonio, sin embargo, es re-

(1) VI, 16.

(2) VI, 6.

(3) V, 14.

cordar la comunidad de su origen oriental y su primitiva conexión con la India, que parecían haber olvidado. Las comunidades de esta particular especie en el Mediodía de Egipto y Norte de Etiopía, databan, según se presume, desde varias centurias, y algunas de ellas quizá fueron remotamente budhistas, pues uno de los miembros más jóvenes de esta comunidad, que la dejó por seguir a Apolonio, dice que se une a él por el entusiasmo y respeto que siente por la sabiduría india, conocida ya por su padre, que fué capitán de un barco que fué por Oriente, y que su padre le contó que estos etíopes procedían de la India, y cómo él se había unido a ellos tras un largo y peligroso viaje desde el Indo. (1).

El último incidente que Filostrato refiere respecto de Apolonio y los templos, es una visita al famoso y antiquísimo oráculo de Trifonio cerca de Lebadea, en Beocia. Dice que Apolonio estuvo solo siete días en esa misteriosa cueva, y que volvió con un libro lleno de preguntas y respuestas sobre filosofía. Este libro existía aún en tiempo de Filostrato, en el palacio de Adriano, en Anco, juntamente con un gran número de cartas de Apolonio, y mucha gente acostumbraba visitar esta población con el objeto de verlo (2).

IV

Digamos, por último, algo de sus muchos y grandes portentos. Veníase Apolonio por amigo de los dioses, y en efecto, quiso demostrar que recibió de ellos favores extraordinarios. Referiremos los principales, sin atenernos precisamente al orden cronológico.

Un día el pueblo romano contemplaba atemorizado un eclipse de sol, y Apolonio, adoptando una actitud profética, exclamó: «Algo grave sucederá y no sucederá.» Pocos días después cayó un rayo en el palacio imperial, que destrozó la copa en que bebía Nerón, y el pueblo quiso hallar en este suceso la razón de la profecía. De este modo fué creciendo su fama: los más elevados personajes le pedían consejo; hasta los mismos reyes le consultaban, y se le consideraba, en suma, como una divinidad (3). Después de haber realizado nuevos viajes, volvió a Roma, en tiempos de Domiciano, y éste le encerró en una cárcel, pues se le acusaba de ejercer la magia; pero al decir de algunos, escapó portentosamente de la prisión.

En otra ocasión estaba arengando al pueblo cerca de un bosque donde

(1) VI, 14.

(2) VIII, 19.

(3) I. 22; IV, 4.

había muchos pájaros, y llegó uno que dió un chillido agudo y extraño; todos los demás echaron al instante a volar y le siguieron, y Apolonio dijo entonces a sus oyentes con tono grave (!) y profético que aquel pájaro, digno, por su afecto a los de su especie, de servir de modelo a los hombres, venia a avisarles que en cierta calle, que nombró, se había derramado un costal de trigo. Corrieron todos al sitio indicado, y encontraron a los pájaros comiendo, por lo que creyó el vulgo que Apolonio entendía el lenguaje de las aves (1).

Haciendo estragos la peste en Efeso, los habitantes de esta ciudad enviaron a Apolonio, que se encontraba entonces en Esmirna, a suplicarle que corriera en su socorro. Apolonio dijo: «Vamos». Y en aquel mismo momento se le vió en Efeso a él, pero no a los mensajeros (que es de suponer tardarían algo más en regresar). Inmediatamente al pueblo reunido en torno de él, dijo que tuviera valor, que él le libraría de la peste antes de que anocheciera. Con este objeto mandó que la muchedumbre fuera al teatro, en donde lo primero que se encontró fué un mendigo de ojos extraviados, cubierto de harapos y de exterior el más despreciable y asqueroso; llevaba un zurrón y en él algunos pedazos de pan. Aquel viejo era la peste. «Rodead a ese ser abominable; que no se escape, griló Apolonio, y acabad con él a pedradas.» Los efesinos vacilaron ante una orden tan extraña; solamente algunos se atrevieron a ofender desde lejos al que seguían tomando por un anciano infeliz. Pero en cuanto recibió las primeras pedradas, los ojos del falso mendigo se abrieron arrojando llamas; los efesinos, reconociendo al demonio, ya no vacilaron más; y sepultaron a aquel malhechor bajo una montaña de guijarros. Al cabo de algunos instantes, Apolonio hizo abrir el montículo de piedras; y ¿qué se encontró? Un perro, un mastín tan grande como un león; estaba muerto, y tenía todavía en la garganta la bilis de su rabia (2). Los efesinos librados de la peste, levantaron en aquel mismo lugar una estatua a Hércules.

Otra vez Apolonio daba en Atenas una conferencia sobre los ritos que habían de practicar en las libaciones. Y como a propósito de esto dijera con la mayor formalidad las cosas más ridículas, un joven descarado que se encontraba entre los asistentes se puso a reír a carcajadas. El conferenciante, mirando a su oyente, le dijo: «No salen, ciertamente, de ti esas burlas, sino del demonio que te posee.»

(1) I, 20.

(2) IV, 10.

Aquel joven, dice el biógrafo, pasaba bruscamente de las risas a las lágrimas; hablaba y cantaba; en una palabra, se hubiera creído que era aturdimiento de joven, si no se hubiera sabido que era signo de posesión diabólica. Ahora bien; bajo lo mirada de Apolonio, el demonio, lleno de furor y de miedo, se puso a gritar como los malhechores sometidos a tortura, jurando que él quería salir y que no volvería a entrar más en cuerpo alguno humano. Pero se necesitaba una señal de su salida, y se convino en que volvería del otro lado una de las estatuas del pórtico real. La estatua se volvió, y en aquel mismo instante el joven pareció como que despertaba de un sueño, y se frotó los ojos mirando al sol; se puso colorado al sentirse objeto de la curiosidad de todo el mundo, renunció a los placeres y a las comodidades, y se sometió a la ruda disciplina de Apolonio (1).

He aquí un ejemplo de aparición que, por lo demás, no tiene más fundamento que el testimonio del taumaturgo mismo. Apolonio hizo una noche esta oración: «Aquiles: se dice que tú has muerto; pero yo, a ejemplo de mi maestro Pitágoras, no creo nada de eso; si estamos en lo cierto en la doctrina pitagórica, aparecéte a nosotros.» Apenas hubo acabado Apolonio su oración, cuando se sintió la colina sacudida por un ligero temblor, y al punto apareció un hermoso joven de cinco codos de alto; vestía una clámide tesálica, y sus facciones reflejaban la expresión de la modestia, de la gravedad y de la serenidad: aquél era el héroe de la *Iliada*. Su cabellera había sido hasta entonces respetada por las tijeras, y sus mejillas conservaban todavía su primer carmín. Apolonio refería que su talla pasó sucesivamente de cinco codos a doce (alrededor de seis metros). La conversación entre los dos personajes duró toda la noche (!), lo que supone mucha condescendencia por parte de Aquiles, como lo es que un semidiós abandone por un instante los Campos Elíseos (!). Apolonio aprovechó esta ocasión para esclarecer algunos puntos oscuros de la *Iliada*; Aquiles se quejó de haber sido olvidado por los habitantes de la Tesalia, y desapareció acompañado de un débil resplandor (2).

Hay un portento en la vida de Apolonio de que se sirven los incrédulos para desvirtuar los milagros del Evangelio. Vamos a reproducir, escrupulosamente traducidas, las palabras del biógrafo: «He aquí otro prodigo

(1) II, 4.

(2) I, 23; IV, 34.

de Apolonio. Una doncella núbil parecía estar muerta, y el prometido seguía el ataúd llorando a gritos su deshecho himeneo, y Roma le acompañaba en su llanto, porque la joven era de una casa consular. Pero Apolonio, apareciéndose, se unió al cortejo fúnebre. «Dejad ese ataúd, dijo; voy a enjugar las lágrimas que derramáis sobre esa joven.» Al mismo tiempo preguntó cuál era el nombre de la doncella. La mayoría se imaginó que iba a pronunciar un discurso, como oración fúnebre, para excitar los sentimientos de los circunstantes. Pero él no hizo más que tocarla, recitando palabras ininteligibles, y despertó a la joven de la muerte aparente; la muchacha lanzó un grito, y regresó a casa de su padre, como Alceste resucitado por Hércules.¹ Y añade el biógrafo: «Apolonio encontró en ella alguna centellita de vida que se les hubiera ocultado a los médicos (porque se dice que, habiendo hecho llover Júpiter, la cara de la joven exhaló vapor), o bien, tuvo que reanimarla y restituirlle la vida apagada: este es un punto que yo no puedo dilucidar mejor que los que lo presencian». (1).

Citemos ahora un ejemplo de lo que en nuestros días se llama la doble vista. En el momento en que Domiciano fué asesinado en Roma, Apolonio se hallaba en Efeso, y conversaba con sus amigos cerca de los «Xystes» (galerías cubiertas). De pronto interrumpió su discurso; bajó la voz como sobrecogido de terror; después su atención pareció desviarse del asunto de la conversación; por fin se calló, y mirando fijamente al suelo, dió tres o cuatro pasos diciendo: «mata, mata al tirano». Quedóse después en silencio por algunos instantes. Se hubiera dicho que en aquel momento tenía ante sus ojos el espectáculo de alguna tragedia. La muchedumbre se agolpó en torno suyo, esperando con impaciencia el final de aquel singular suceso. «Valor, efesios, dijo al cabo de un momento: el tirano acaba de ser degollado hoy. ¿Qué digo hoy? En el instante mismo en que yo alzaba la voz; lo juro por Minerva», y después guardó silencio. En aquel momento—era el medio día—, Stephanus asesinaba a Domiciano (2).

Tuvieronle por loco; pero cuando se divulgó la noticia de que Domiciano había sido asesinado en aquel mismo día y a la misma hora, miraron al adivino como a un dios. Escribióle, pidiéndole sus consejos, el mismo Nerva, sucesor de Domiciano, que se reputaba deudor del imperio a Apolonio; pero le respondió que no se verían más hasta la otra vida; y, efectivamente, murió al año siguiente, después de haber tomado bien sus

(1) IV, 45.

(2) VIII, 26.

medidas para que nadie presenciasse su muerte, facilitando por este medio su apoteosis. Así que sus discípulos divulgaron que se había subido a los cielos, ya, sin otro examen, fué aclamado por dios. Edificósele un templo en la ciudad de Tyana, y varios emperadores prescribieron que se le diese culto religioso.

E. UGARTE DE ERCILLA.

